

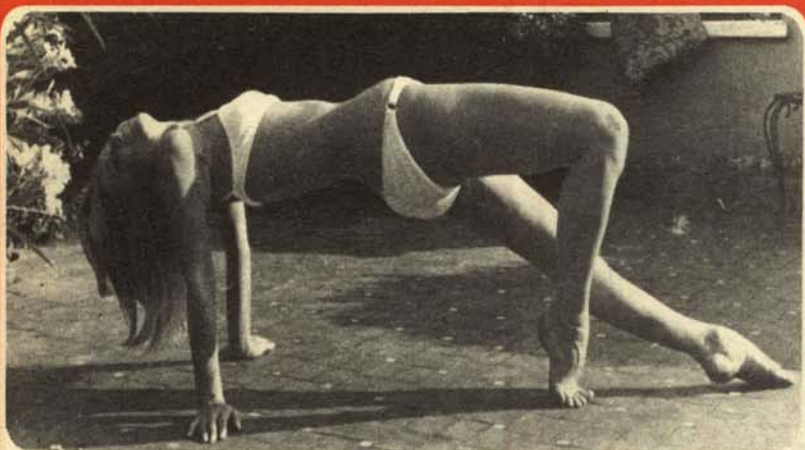


EL VIOLADOR

¡Es ése!, exclamó la niña de bucles de oro y ojos azules, con su dedito que apuntaba implacable e inexorablemente a un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta años, regordezuelo y con cara de buena persona. De todas formas, nadie se dejó llevar de las buenas apariencias —algunas veces engañan— y se abalanzaron sobre él. El acusado intentó decir algo, pero un puñetazo le rompió tres dientes y le partió el labio. Otro golpe le cerró un ojo y un rodillazo en el bajo vientre le obligó a soltar un gemido. La niña, ante tanta violencia, comenzó a lloriquear, siendo retirada del lugar. Mientras tanto, la justicia, «in situ», había comenzado a torturar al corruptor de menores que se mostraba callado y sumiso. A lo sumo un gemido..., especialmente cuando le extirparon los testículos. También resultó doloroso y sucio el arranque de sus ojos. La lengua, no se sabe por qué, la respetaron. Las uñas no. Le fueron arrancando una a una, tanto las de las manos como las de los pies, así como el

cabello. Con unas tenazas le arrancaron las orejas. Y un sádico, con una aguja, se dedicó a introducirse por el ano hasta profundidades tan remotas que todos supusieron —la sangre fluía abundante y negra— que habría llegado a desgarrar muchos órganos y tejidos de su organismo. Ninguno vital, desde luego, porque el violador seguía viviendo. Y es así —llegados a este momento— que los padres de la criatura volvieron presurosamente a la gran plaza pública de una ciudad francesa del medioevo, de cuyo nombre todos se acuerdan y donde se estaba llevando a cabo el suplicio para admitir que su niña se había equivocado y que el violador era otro. La gente protestó, los verdugos refunfuñaron y el juez abandonó el lugar acompañando a los padres de la niña al domicilio del auténtico y único responsable del vil atentado. Y el pobre desgraciado, torturado, desangrado, destrozado, roto y medio muerto, sólo acertó a decir... ¿Y ahora, qué?

NEMORINO



—Antes era la secretaria del ejecutivo, pero ahora soy su mesa de despacho.



YA LE HA VUELTO A DAR EL TEMBLEQUE



ES LA ULTIMA VEZ QUE LE DIGO QUE HA SUBIDO LA TERNERA

LAS CASAS DE LOS COSTROSOS LA CABAÑA DEL MELONERO ANSELMO



Salimos a las afueras. El cielo cubierto muestra un esplendor modesto cuando cruzamos el arroyo sucio que lame los cimientos de las últimas casas del pueblo. El agua escasa, aceitosa, baña dos latas vacías y abolladas de lubricante OS, y varios envases, distribuidos con descuido, de aceite de girasol, una correa de ventilador y trapos. Treparamos por un ribazo de tierra arenosa, zarzales graciosamente enredados; nos arañan al pasar, y cruzamos un campo de maíz recién regado. Barro típico de huerta nos decora los zapatos con una orla irregular hasta la mitad del empeine, componiendo un gracioso motivo popular inesperado. Un salto encantador sobre una rústica acequia, el pie nos resbala sobre una piedra enjabonada donde suele lavar las huertanas, según nos dicen luego, y nos vemos entre lozanas junqueras. Nos incorporamos sonriendo: todo es delicioso y sorprendente. Caminamos un poco más y allí está la cabaña del melonero que se ha construido él mismo, según un diseño propio, aunque inspirado en cánones clásicos; dos paños de pino cruzados con primor forman el arco de entrada, sobre el cruce encaja el palo central, más largo, de retoño de encina (*Quercus ilex*) que desde su inserción trasera en la tierra describe un gracioso trazo hasta apoyarse en los paños delanteros. Ramas de retama del país forman la techumbre y se entrelazan en una labor burda del más puro estilo melonero.

Nuestro anfitrión de hoy, el melonero Anselmo, viste pantalones de dril con los bolsillos

desgajados, camisa de rayas sin cuello y blusón azul de ancho vuelo con dos lámparas de pringue a la altura de la sisa derecha. Se cubre con boina negra capada y calza espartañas de suela alquitranada con refuerzos de lana de hierro en los bordes. La estructura, de cordel de esparto, permite la debida aireación del pie y la aparición del dedo derecho del melonero, que con su uña rota pone una nota patética en el hombre. Remiendos de tela de servilleta desvaloran el conjunto de su atavío y le prestan cierta desgracia.

Inclinamos la cabeza y pasamos a la choza. El se queda fuera y nos señala con el dedo.

—Este candil me lo ha hecho mi cuñado Ambrosio con una lata de sardinas «Miau»... Me hace muy buen servicio.

Dentro, el espacio está ocupado por un taburete de madera de olivo adosado a la parte izquierda, una cazuela con restos de pipirrana y migas y, colgando del techo, una talega de tela de cuadros que hace juego con el remiendeo de la rodillera derecha de Anselmo, poniendo una nota de refinamiento. Dentro de la talega, navaja cachicuerna y cuchara de peltre se complementan con un jarrillo de aluminio que Anselmo se trajo del Ejército. Una cayada de enebro con porra terminal ocupa el espacio libre en el lado derecho. En la primera parte de su fuste, un bajo relieve toscos dice: «A. Gonz»; es un simple trabajo a navaja sin mayor mérito artístico.

Salimos otra vez fuera. «¿Catamos un melón?». Nos excusamos. Un perro como setter aparece entre las matas y viene a olernos los pies. Anselmo le da una patada. «¿Es como setter?». «¿Como qué... No, es un perro, un perro».

Nos despedimos de Anselmo, que ha sido un perfecto anfitrión. En última instancia, advertimos que del bolsillo derecho de su blusa asoma un libro; nos esforzamos por leer: «Calendario Zaragozaño. Don Mariano del Castillo y Ocsiero». Bajamos unos ribazos y volvemos a mirar la choza de Anselmo. Nos viene a la memoria lo que nos ha cantado unos momentos antes acompañándose con una botella de anís y el rabo de una cuchara: un delicioso canto popular.

Una mujer preñada en lo alto de un cerro parece la cabaña de un melonero.

FLORA DE LOS MONTEROS

¡¡¡APARQUE USTED DONDE
Y CUANDO QUIERA!!!

EL PORTADOR
DE LA PRESENTE ESTO,
TIENE MI PERMISO
PARA APARCAR AQUI
Y DONDE LE DE
LA GANA.
¿O.K.?



Por fin se ha resuelto el problema del aparcamiento en nuestras ciudades. ¡Se acabaron los berrinches y los sinsabores! Recorte usted nuestro cartelito por la línea de puntos, colóquelo en su coche y aparque tranquilamente su coche donde y cuando le dé la gana.

No hace falta que nos dé las gracias. Es una cortesía de HERMANO LOBO a sus lectores. De todas formas, de nada.

